

Una campaña contraproducente

La campaña de prevención del SIDA que se está llevando a cabo en nuestro país en estos días, en el mediano y largo plazo, tiene un efecto contrario al que se persigue, es decir, en lugar de limitar la difusión del flagelo del SIDA, favorece su propagación. En este sentido los que promueven dicha campaña tienen una gran responsabilidad. Con esa campaña ellos están engañando a la juventud y difundiendo la muerte.

1. La verdadera causa del SIDA

Todos sabemos que la causa verdadera, la causa de fondo, de la aparición del SIDA en el mundo y la sucesiva propagación de esta enfermedad no tiene relación con el uso o no uso del preservativo (condón); la causa de fondo de la aparición y difusión del SIDA, que se contagia principalmente por contacto sexual, es la disolución moral de la sociedad. La campaña de prevención (más bien de "no prevención") contribuye a destruir la moral social. En este sentido –que es el único verdadero– favorece la difusión del SIDA.

La campaña no ofrece ninguna valoración moral a las relaciones sexuales que tienen los jóvenes antes o fuera del matrimonio. Se habla de esas relaciones como algo normal, obvio, en ninguna forma reprehensible. Lo único que sí sería grave, según dicha campaña, sería tener esas relaciones sin asegurarse con el preservativo. Pero, tomada esta precaución, a las relaciones sexuales de la juventud no habría nada que objetar. Así queda aprobado el libertinaje sexual, que es el caldo de cultivo verdadero del SIDA en una sociedad.

Una demostración estadística muy clara de esa disolución moral que nos afecta es que en nuestro país ya nacen fuera del matrimonio el 60% de los niños. Esto, no obstante los poderosos medios, que también se han difundido –con campañas igualmente contraproducentes–, para evitar esos embarazos. Los resultados del fracaso de esos medios están a la vista.

El único modo eficaz de combatir el SIDA es la educación de los niños y jóvenes en la evaluación moral del acto sexual, que es un acto humano de profunda significación y que compromete a la persona íntegramente.

2. Sentido de la sexualidad humana

Como Pastor de esta Diócesis tengo la obligación de instruir a los fieles encomendados a mi cuidado pastoral sobre la verdad de la sexualidad humana. La relación sexual fue dispuesta por el Creador como el medio para engendrar nuevas vidas humanas. Dios pudo haber creado en un solo acto a todos los seres humanos, como hizo con los ángeles. Pudo haberlos creado sin diferenciación sexual. Pero no lo dispuso así. Él quiso que las nuevas vidas se engendraran en generaciones sucesivas como resultado de la unión de amor de un hombre y una mujer. La relación sexual tiene una significación propia dada por Dios en creación del ser humano hombre y la mujer. En la relación sexual, por el acto mismo, el hombre y la mujer se expresan uno al otro lo siguiente:

“Yo me entrego a ti con un amor total (compromete toda mi persona), exclusivo (no hay ninguna otra mujer u hombre en mi vida), indisoluble (hasta que la muerte nos separe) y verdadero, es decir, no egoísta y, por tanto, abierto a la vida”.

Todo acto sexual realizado fuera del matrimonio indisoluble y todo acto sexual que ponga una barrera a la concepción de una nueva vida, barrera química (píldoras anticonceptivas o abortivas, como es la píldora del día después) o barrera mecánica (como es el preservativo y los dispositivos intrauterinos abortivos) compromete a los participantes en un grave engaño recíproco. En efecto, con el acto que realizan se expresan recíprocamente un amor total, exclusivo, indisoluble y abierto a la vida y, en la realidad, eso es mentira. Si se trata de relaciones prematrimoniales el amor indisoluble que se expresan es falso, porque no están unidos indisolublemente; si se trata de personas casadas que tienen relaciones fuera del matrimonio la exclusividad es falsa porque están unidos con otra persona; si ponen barreras a la vida, en todos los casos, el amor es falso, porque no puede haber un acto de verdadero amor que ponga una barrera a la vida; el amor es difusivo. Y no se trata de una mentira leve; es una mentira que compromete íntegramente a la persona, como la compromete íntegramente el acto sexual, por más que se lo quiera banalizar. Se engaña al otro tratándolo como un objeto de placer para el propio goce. En esta actitud no hay amor, sino puro egoísmo.

Nuestra sociedad incurre en una hipocresía evidente, pues sanciona muy severamente a la persona que engaña a otra en materia económica. Pero no impone ninguna sanción para la persona que la engaña en materia sexual. Y, bien considerado, es mucho más grave este último engaño, pues en este engaño se defrauda a la persona completa, mientras que en el engaño económico se defrau-

da solamente parte de sus bienes externos. En esto radica la deformación de la conciencia moral que produce la campaña actual de prevención del SIDA, que, por este motivo pasa a ser más bien “de difusión del SIDA”.

3. Efecto de la maldad moral

Cometer deliberadamente un acto moralmente malo es indigno de una persona humana y la degrada, en cuanto que atenta contra su dignidad, y el sujeto de esa acción queda menoscabado como persona.

Cuando la relación sexual deja de ser un acto de amor, es decir, un acto de entrega al otro procurando el bien del otro, y pasa a ser un acto de egoísmo, es decir, de apropiación del otro para mi placer, entonces pierde su carácter humano y queda reducido a un acto animal. La sexualidad animal difiere de la humana en eso: la sexualidad animal es esencialmente egoísta. El animal es incapaz del amor y busca al otro exclusivamente como un objeto del cual apropiarse y usar y satisfacer la necesidad se deja.

El animal no es susceptible de ser educado. Si hay que evitar efectos nocivos de la unión entre ellos es necesario usar otros medios: esterilización, separación en corrales aparte u otros de tipo químico o mecánico. La campaña de difusión del preservativo es una declaración implícita bastante clara de que los jóvenes no son susceptibles de ser educados en esta materia y hay que limitar los efectos indeseados de las relaciones sexuales entre ellos, como sería el contagio del SIDA, por medio del preservativo. La implicancia es que ellos se comportan como animales y es inútil tratar de educarlos para que adquieran una conducta humana. ¿Es esta la idea de la juventud que tienen los promotores de esa campaña?

4. Inoperancia del preservativo

Observemos más de cerca la acción del preservativo en el cual las autoridades ponen tanta confianza como medio de prevención del SIDA. Considerando la situación del varón, que es quien debe usar este dispositivo, pueden darse los siguientes tres casos (haciendo las correcciones correspondientes, es estos mismos casos puede encontrarse la mujer):

1. El varón sabe que es portador del SIDA. En este caso la campaña es un engaño, porque hace creer a esta persona que usando el preservativo puede tener relaciones sexuales sin peligro de contagiar a su pareja. Todos los estudios revelan que el preservativo tiene un margen de falla: ¿20%, 15%, o 10%? ¿Qué importa cuánto sea? En todo caso, después de un tiempo, aunque use el preservativo, habrá contagiado a su pareja;

habrá sido para ella causa de muerte, por dar crédito a la campaña en cuestión. En realidad el que sabe que es portador del SIDA no debe tener relaciones sexuales, porque siempre existe el riesgo de contagio. En este caso, el amor verdadero exige abstenerse. La sociedad debería ayudar a esta persona a mantener la castidad y no a darle una falsa seguridad. En este caso, la campaña lo que hace es favorecer la difusión del SIDA.

2. El varón tiene dudas sobre su condición de portador. Este caso no se resuelve con el preservativo, pues si es portador, se reduce al caso anterior; y si no lo es, el preservativo no tiene sentido como prevención. Aquí hay que usar el sabio adagio: "En la duda abstente".
3. El varón sabe que no es portador del SIDA. En este caso, el preservativo no tiene ningún objeto para prevenir la transmisión. En este caso, según la campaña, se debe usar para evitar ser contagiado por la mujer. Pero respecto de la mujer rigen los mismos casos: o ella sabe que es portadora, entonces, tarde o temprano, aunque el varón use el preservativo, terminará contagiándolo con la enfermedad mortal; o ella tiene duda, entonces, en la duda debe abstenerse (se reduce al anterior); o ella sabe que no es portadora y en este caso ¿qué objeto tiene el preservativo? No lo usarán.

Como se deduce de ese sencillo análisis, el preservativo no tiene ningún efecto de prevención. La campaña, entonces, como hemos dicho, tienen otro resultado, a saber, demoler la moral sexual de la sociedad. Y por este camino se propaga el SIDA.

Las autoridades razonan diciendo que el preservativo reduce el contagio del SIDA en el mismo porcentaje de eficiencia que tiene este dispositivo (supongamos que sea 90%, aunque no es nunca tanto). El portador que usa preservativo contagiaría entonces a una de diez mujeres con las que tiene relaciones o a su pareja estable después de la décima relación. En cambio, sin el preservativo contagiaría a todas las mujeres con que tiene relación y a su pareja en la primera relación. Este razonamiento es estadísticamente verdadero. Pero los comportamientos humanos y su moralidad no se miden con estos criterios. Ya hemos visto que al portador de SIDA hay que ayudarlo a abstenerse de tener relaciones, porque siempre es potencial difusor. Si el portador del SIDA (la campaña supone que todos pueden serlo) sabe que contagiará a su pareja en una de cada diez relaciones, entonces todas las relaciones son moralmente un crimen, porque cada una de ellas, incluso la primera, puede ser la adversa. Es lo mismo que jugar a la ruleta rusa: con cada disparo se tiene la intención de cometer suicidio.

Pero aceptemos el argumento estadístico. La estadística es una ciencia y es verdad que el preservativo, cuando es usado por un portador del SIDA, puede evitar la transmisión en el 90% de las relaciones. El problema es que esa campaña, al presentar las relaciones sexuales entre los jóvenes como algo normal y, de

esa manera demoler, la moral sexual pública, el efecto que promueve es la multiplicación de la actividad sexual ocasional y por diversión (por puro egoísmo). Si esa multiplicación es por el factor 10, ya se ha neutralizado el efecto del preservativo (supuesto que siempre se use) y el efecto es el contrario al intentado, como hemos dicho. Repetimos que el caldo de cultivo del SIDA es la disolución moral en materia sexual.

5. Una palabra a los jóvenes católicos

Un fiel católico profesa la fe del Credo, uno de cuyos artículos reza: *“Creo en la resurrección de la carne y en la vida eterna”*. El católico cree que el bien supremo de un ser humano es compartir la vida misma de Dios (esto es la vida eterna) que Cristo nos conquistó con su muerte en la cruz y nos comunicó con el don del Espíritu Santo. Esta vida divina que estamos llamados a compartir se expresa en el amor verdadero, porque *“el amor es de Dios... Dios es amor”* (cf. 1Jn 4,7.8).

El amor verdadero lo hemos conocido en Cristo, como afirma el apóstol Juan: *“En esto hemos conocido el amor: en que él dio su vida por nosotros”* (1Jn 3,16). El amor verdadero consiste en procurar el bien del otro y mayor será el amor cuanto mayor bien se le procure y con mayor sacrificio. El Bien supremo es Dios, y Cristo nos obtuvo la participación en la vida de Dios con la entrega de su vida. En esto hemos conocido verdaderamente el amor. El mismo Jesús lo afirma: *“Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos”* (Jn 15,13).

Tener relaciones sexuales fuera del matrimonio nos priva de la vida divina, porque es contrario a la ley de Dios uno de cuyos preceptos, el sexto, dice: *“No fornicar”*. El que tiene esas relaciones sexuales sabe que esta privando a su pareja del Bien supremo, porque la está induciendo a ofender a Dios. En lugar de procurar el bien de su pareja le está procurando el mayor daño posible, que es su muerte a la vida divina. Es lo que procura hacer con nosotros el demonio; en el fondo es un acto de odio y del más puro egoísmo. A la persona no le importa que el otro pierda la amistad con Dios con tal de tener un momento de placer.

Cuando los jóvenes dicen que sus relaciones sexuales son de amor es mentira. Es verdad que se gustan, pero a cada uno le gusta el otro como un objeto para su propio placer. Una relación fundada en el goce sensible es inestable. Es como una persona a quien gustan las motos y disfruta mucho cuando viaja en su moto. Le gusta la moto, pero no tiene amor a la moto, pues la moto es un objeto. Y cuando aparece una moto mejor, con nuevos adelantos técnicos, inmediatamente quiere dejar la que tiene para obtener la moto último modelo. Algo semejante ocurre en las relaciones sexuales que se tienen al margen de la ley de Dios. Son inestables, porque si aparece otra persona que atrae más físicamente, inmediatamente se deja la anterior y se sigue a ésa. Los jóvenes que mantienen relaciones sexuales prematrimoniales, es decir, cada uno desinteresado del bien supremo de

su pareja, si llegan a casarse, es muy probable que fracasen en el matrimonio, por el mismo motivo. Será un matrimonio fundado en la búsqueda del goce propio y no en el amor verdadero que busca el bien del otro. Si este goce lo ofrece mejor alguien que no es el propio cónyuge, el matrimonio fracasará. Desgraciadamente se ve con demasiada frecuencia en nuestra sociedad. Ya sabemos la causa.

El amor consiste en buscar el bien del otro, sobre todo, su bien eterno. El joven ama verdaderamente a su novia cuando quiere que ella sea santa y que viva como hija de Dios y templo del Espíritu Santo y lo procura por todos los medios. Esto es el bien de ella. Procurar eso es el amor. Una relación fundada en este amor es firme y, si concluye en el matrimonio, ese matrimonio será estable y feliz.

La pureza y la castidad son virtudes cristianas que resplandecieron en Jesucristo y en su Santísima Madre la Virgen María. Si nuestra juventud fuera educada para vivir estas virtudes los matrimonios serían estables, los niños vendrían a la vida dentro de una familia donde son bienvenidos y amados y el flagelo del SIDA comenzaría a desaparecer.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de Los Ángeles